

# TENIS

## o la tecnología de la redondez

FELIPE MELLIZO

**S**I se trata del tenis. Cuando se impriman estas letras, ya se habrá jugado la final de Wimbledon, si es posible con mi presencia en las gradas, así es que, aunque sólo fuese por eso, el tema sería oportuno. El gran torneo sobre hierba del All England Lawn Tennis Club podría ser objeto de atención de un sociólogo inteligente, capaz de dar cuenta científica de lo que significa en la historia de las actitudes británicas ese esplendor de pamelas, atletas, revendedores, nata con fresa, soldaditos del Imperio haciendo de acomodadores, quinceañeras robustas ofreciendo inocentemente sus traseros a los pellizcos de los reprimidos, golfos tocando el banjo en las puertas de entrada y príncipes en la gran tribuna de la "Centre Court".

Bastaría con eso para hacer un comentario vagamente científico, sobre todo si se añadiese una nota sobre la meticulosa técnica necesaria para cultivar alfombras de duro césped cortito, una perfecta monstruosidad botánica, más misteriosa que el tartán y otros sucedáneos. Por si fuera poco, este año se ha incorporado a la liza otra aventura electrónica: Mr. Bill Carlton ha inventado una aplicación artera de los rayos laser que señala con implacable precisión las faltas de saque, privándonos así del gran espectáculo de las broncas y los gestos teatrales de los jugadores indignados. Para "tecnologizar" más el comentario, podríamos mencionar la fastuosa capacidad del corazón de Borg o el hecho de que el brazo de Roscoe Tanner se mueve a doscientos kilómetros largos por hora cuando "sirve" bolas como cohetes a sus aturridos rivales.

Pero hay otras excusas. He aquí que, mientras el verano me rodea de tentaciones —heladas unas e hirvientes otras— y abona mi indolencia, leo unas frases de I. A. Ireland en una antología mística de Borges y Bloy Casares: En el día del Juicio Final, las puertas del cielo se abrirán a los bienaventurados. Estos penetra-

rán rodando, ya que habrán resucitado en la más perfecta de las formas: la esférica. También eso podría bastar para hablar del tenis con alguna gracia metafísica y, sin embargo, aún tengo más coartadas.

El redactor-jefe de TRIUNFO me dio el otro día un libro para que hiciese una breve reseña. Se titula *La pipa sagrada*, y su autor es un indio sioux, Alce Negro, que se lo dictó a un etnólogo de Maine, Joseph Epes Brown, el hombre al que hay que preguntar cuando se quieren saber cosas de los indios de América del Norte. Alce Negro —Hehaka Sapa— murió hace poco. Era ya muy viejo. Vivía cuando sus hermanos —Guerrero Pequeño, Toro Sentado, Caballo Loco, Halcón de Hierro, Viene Otra Vez, Aguila en Alto y sus compañeros— acabaron con Custer en Big Little Horn.

El libro es el fascinante relato de la revelación sioux, cuyo equivalente de la Cruz es el calumet, la pipa sagrada que entregó a la nación de las praderas la Mujer Bisonte Blanco. Son muchas las cosas de ese libro que merecen un artículo, para contribuir a limar la áspera vanidad de los rostros pálidos y no deja de tener gracia que los hermanos de raza de Alce Negro fuesen rojos. Pero vamos a fijarnos solamente, para justificar mi incursión en las pistas de Wimbledon, en un par de ellas.

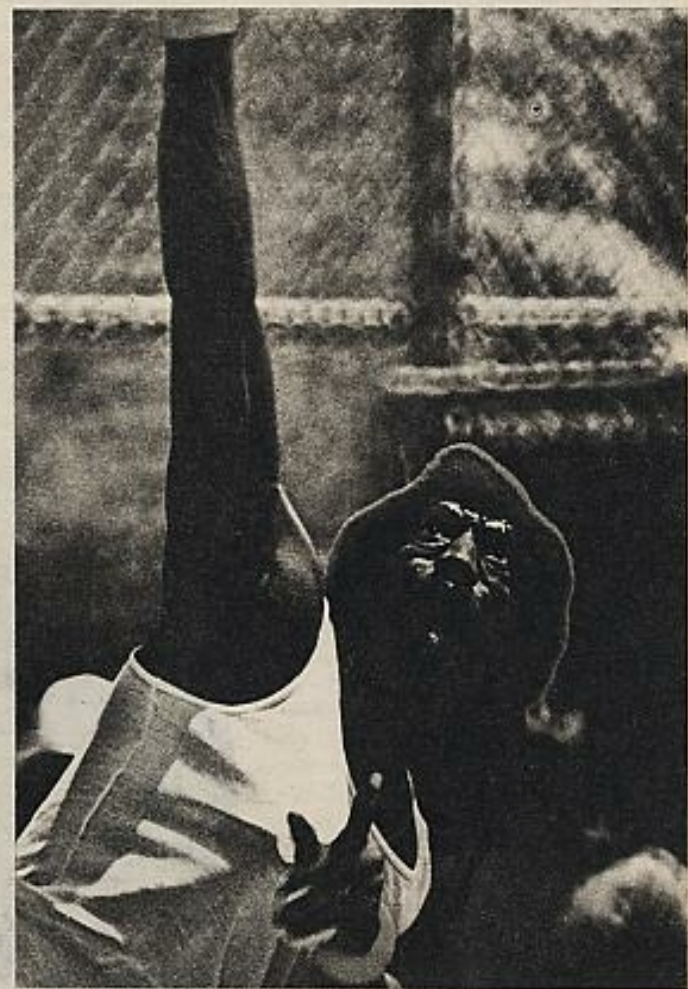
Por lo pronto, Alce Negro coincide con Ireland. Dice que todas las cosas tienden a ser redondas. Hace poco hablaba en estas páginas de William Harvey, de la circulación de la sangre y de los sueños circulares de Giordano Bruno y de Miguel Servet, para los que también era redonda la perfección. Pero la verdad es que ninguno lo dijo tan bien como lo dice Alce Negro. Todas las cosas tienden a ser redondas, fíjense ustedes. Si esa sentencia sirviera sólo para urdir el primer principio de una teología, ya sería interesante. Pero es que, además, se trata del primer principio de una cosmogonía y de una física. Yo no sé si leyeron ustedes una nota

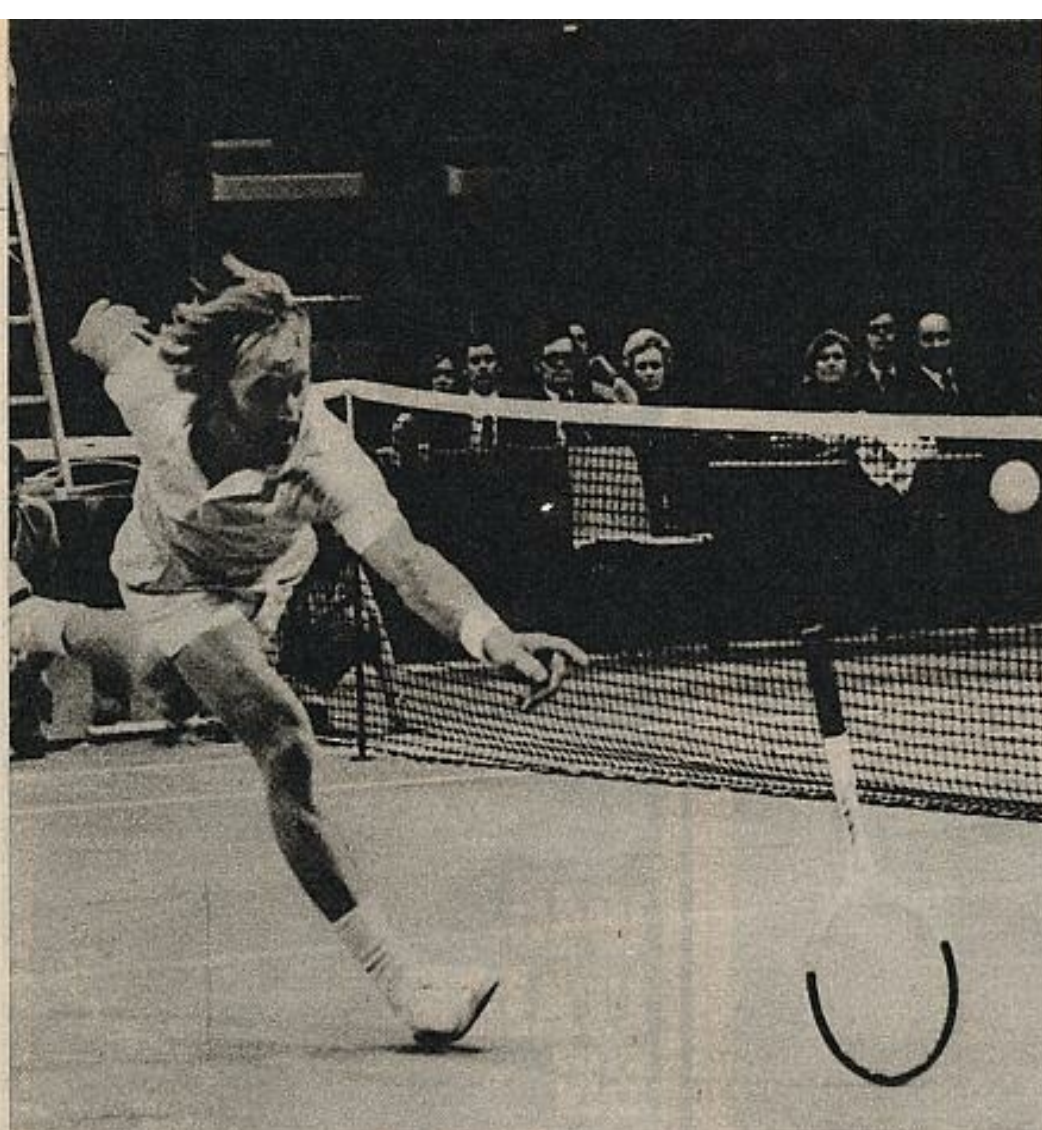
sobre la "teoría de las catástrofes" que escribí aquí hace unas semanas (TRIUNFO, número 901). Se mencionaba allí a René Thom, el topólogo francés que mejor ha enunciado, en nuestros tiempos, la esencia del origen de las formas. Thom, como muchos otros científicos, creía que todos los fenómenos de este mundo nuestro, incluso los excepcionales y aparentemente inapreciables, sostienen su informalidad engañosa en un principio inalterable: la estabilidad en el cambio. La Física moderna no es sino la búsqueda racional, ardiente, infatigable, del último clavo al

que agarrarse: el destino físico único al que todo se refiere. Alce Negro es uno de los que creen que ese último destino es el círculo, como los chinos, como Einstein, como Planck, como todos los que pretenden encontrar la manera de llegar a ser, otra vez, Platón. Sin que lo noten mucho los curas, eso sí.

Bueno, pues, Alce Negro se afana por explicar, seriamente, en qué consiste el juego de la pelota. Hasta estos últimos tiempos —dice— se practicaba entre nosotros un juego de pelota con cuatro equipos y cuatro metas situadas en cuatro regiones. Hoy

Servicio. El jugador oficia un rito y hace girar su brazo como el aspa de un molino.



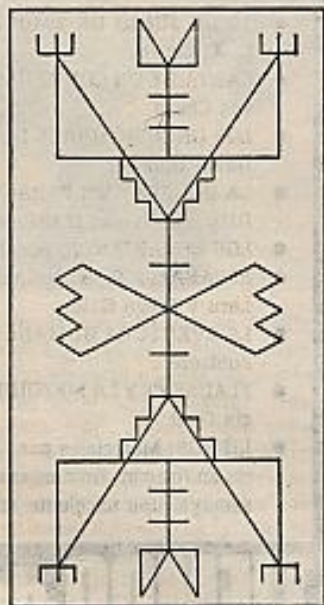


Rod Laver, forzado a dejar el santuario circular, entra en el infierno y pierde la pelota y el arma.

día, muy pocos de los nuestros comprenden todavía por qué este juego es sagrado... En realidad, tal y como está el mundo, nadie comprende ya por qué todos los juegos son sagrados. Ser "occidental" parece consistir en vivir sin jugar, firmando contratos con sospechosos mandatarios de presuntos Gobiernos africanos, adoptando la seriedad seriamente, incluso para devorar revistas ginecológicas con los ojillos inyectados en sangre o para lucir un buen reloj de pulsera, si es posible "de esfera líquida". Nadie puede entender lo que dice Alce Negro, naturalmente, con este tráfico.

El juego de la pelota de los sioux es circular. Una niña lanza desde un centro la pelota de piel de bisonte y la disputa consiste en hacerla volver al centro. Se trata de una lucha por la perfección: el rito del círculo. Yo no sé cómo es posible que nadie haya advertido que todos los juegos de pelota son circulares, centrífugos, con poquísimas excepciones. El fútbol, por ejemplo, no tiene como finalidad última el "gol", sino el volver a empezar desde el centro. El gol es la catástrofe, el caos, la línea recta sin destino tranquilizador. Siempre se vuelve al centro, para que la vida sea

posible, pero supongo que no hará falta jurar que no se trata de UCD. No estoy ironizando. Ese grupo político, como casi todos, es lineal y llama "centro" a lo que cualquier estudiante llamaría "punto medio", desesperadamente dispuesto a estar a la misma distancia de la diestra que de la siniestra. Sin embargo, es cu-



Signo del juego de la pelota de los sioux.

rioso que UCD haya tratado de dar una impresión vana de redondez en su símbolo gráfico, que ustedes recordarán, sin duda porque incluso los ucedistas tienen en el fondo más recóndito de sus neuronas la vieja convicción mítica y mística de que sólo lo que es redondo es bueno.

Pero, ¿es redondo el tenis? Por lo pronto, el brazo del jugador capaz describe un círculo perfecto en cada uno de sus golpes, que ha de iniciar echando hacia atrás la raqueta, incluso exageradamente, para hacerla girar luego generosamente, audazmente, para que se encuentre a la mitad del camino con la otra redondez vertiginosa, la pelota, y continúe luego su vuelo hasta cerrar el círculo sobre el hombro contrario al del brazo armado. A este círculo de aire, que los ingleses y sus secedáneos llaman "swing", no se puede renunciar en ningún golpe, ni siquiera en el servicio o el "smash", aunque éstos dibujen el círculo verticalmente, perpendicularmente a la madre Tierra.

Luego, hay otras cosas. En Wimbledon, precisamente, el césped permite descubrir intrínsecos que no se advierten en la tierra batida ni en los plásticos y cementos de los domingueros. La

hierba desaparece de algunos sectores de la pista después de ocho o diez partidos. Esos sectores son circulares. El más importante es el que tiene como centro el punto medio de las líneas de fondo, una calva redonda de unos dos metros de radio. El jugador ha pateado ese círculo más que ninguna otra zona de la pista, porque es ahí donde radica el misterio. Desde ese centro, el buen tenista gobierna su parcela con seguridad, puede desplazarse a un lado y a otro, adelantarse o dar un par de pasos hacia la retaguardia. Pero siempre retorna a su santuario. El tenis consiste, sobre todo, en forzar al contrario a que abandone su barbacana redonda, el único lugar en que nadie puede ser batido. Hay, aún, otro círculo, de menor radio, en el que el jugador puede defenderse en última instancia: el que tiene como centro el punto en que se cruzan la línea media longitudinal de la pista y las rayas de fondo de los dos rectángulos a que debe ir a parar el servicio del contrario. En ese segundo círculo, el jugador sólo se puede defender cogiendo la pelota al vuelo, sin permitir su bote, pero siempre tejiendo círculos paralelos al suelo en esos relámpagos que son las voleas. (Tal vez valga el inciso. Se escribe "volea" y no "bolea", como a veces leo. "Bolear" es "lanzar una bola": "Volear" es coger cosas al vuelo.)

Luego están los "efectos", que son la última magia del rito. Rara vez se golpea a la pelota de plano. Se busca su giro en el aire rozándola de abajo arriba, en un golpe tangente a la bola misma, para que diseñe en su recorrido centelleante arcos de parábola y penetre en el corazón del territorio adversario, buscando el infinito. O se golpea, siempre tangencialmente, de arriba abajo, para que gire en el aire "hacia sí misma", probablemente abandonando la parábola por la hipérbola, que es más intensa en su vocación de concavidad. Entonces, la pelota, al botar en el campo contrario, vuelve graciosa y arteralmente hacia atrás y obliga al defensor a dar pasos arriesgados hacia adelante, abandonando su edén circular del fondo.

## CIENCIA

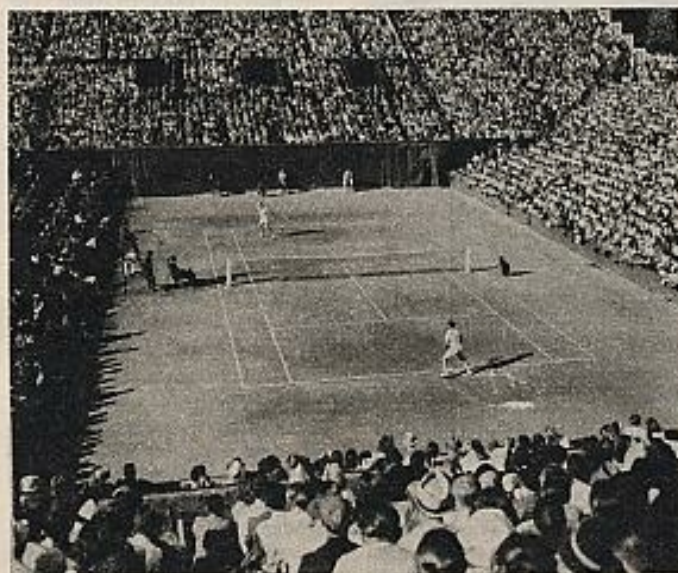
### TENIS

Demasiado complicado y hermoso para que quede en manos de los lanistas. O para considerar que la pelota es, simplemente, redonda, lo que no deja de tentarnos, cierto es, para que le demos vueltas. Este y otros juegos son una honda ceremonia, un sortilegio, una cuidadosa liturgia para facilitar al hombre la aceptación final de su destino, que no es sino esforzarse inútilmente, volver siempre al principio del círculo. Seguramente lo dijo mejor que yo Huizinga, pero háganse ustedes cargo de que estamos en verano y de que yo soy, qué le vamos a

hacer, un periodista, oficio más circular y patético que ningún otro.

He aquí cómo termina Alce Negro su explicación del juego. En estos tristes tiempos en que nuestro pueblo se ha hundido, corremos detrás de la pelota y algunos ni siquiera intentan cogerla; y lloro cuando pienso en ello. Pero sé que la pelota pronto será atrapada, pues el fin se acerca rápidamente, y entonces volverá a ser colocada en el centro.

Espero que, a partir de hoy, jueguen ustedes al tenis con cierto recogimiento. ■



El tenis consiste, sobre todo, en forzar al contrario a que abandone su barbacana redonda, el único lugar en que nadie puede ser batido.

### DRAKE-MORRISON

J. L. M. leyó mi artículo *Un lenguaje para los que somos listos* (TRIUNFO, número 910) y me pide algún dato más sobre Morrison y Drake, "inventores" de un lenguaje para la comunicación interestelar. La historia puede comenzar en 1959, cuando Morrison y Cocconi publicaron un artículo en "Nature" —revista que apareció en nuestro "Archivo" hace unas semanas— sugiriendo la utilización de "la línea del hidrógeno a 1.420 megaheerzios como frecuencia natural para la búsqueda de señales espaciales". Siguiendo ese consejo, Frank Drake intentó en 1960, desde el Observatorio Nacional de Radioastronomía de los Estados Unidos, escuchar señales procedentes de las estrellas Epsilon Eridani y Tau Ceti. A ese intento se le llamó Proyecto Ozma y no tuvo éxito. Pero fue el momento inicial de la búsqueda racional de un método electromagnético de comunicación con hipotéticas civilizaciones técnicas de nuestra galaxia por lo menos. Sugiero a mi corresponsal que escriba directamente a los protagonistas. Frank D. Drake trabaja en el Centro de Radiofísica e Investigación Espacial de la Universidad de Cornell, Ithaca, Nueva York. P. Morrison, en el Departamento de Física del Instituto Tecnológico de Massachusetts, Cambridge, Massachusetts. Ellos le dirán. ■

## YA ESTA A LA VENTA



Director: **EDUARDO HARO TEGGLEN**

En su número 68, TIEMPO DE HISTORIA incluye estos temas:

- 10 DE JUNIO DE 1940: ITALIA ENTRA EN GUERRA, por C. A. Caranci.
- CARTA DE UN CONDENADO A MUERTE, por Cipriano de Rivas Cherif.
- LOS ONCE HOMBRES DE LA TELEVISION ESPAÑOLA, por David Díaz.
- LA GUERRA DEL PARAGUAY, IMPERIALISMO Y GENOCIDIO, por Nelson Martínez Díaz.
- LOS UCRANIANOS, por José M. Solé Mariño.
- ESPAÑA 1950: Selección de textos gráficos, por Fernando Lara y Diego Galán.
- LA AVENTURA HUMANA DE JOSEP DE GREFT, por Carles Fontseré.
- FLAUBERT Y LA MEZQUINDAD BURGUESA, por Carlos García Gual.
- LIBROS: Materiales para la Historia de Murcia; La masonería en Aragón; Homosexualidad, el asunto está caliente; Sen-semayá, una excelente antología.

# TIEMPO de HISTORIA